

PARTE TRES LOS VALORES CONYUGALES Y FAMILIARES

Uno de las maneras en las cuales fue encubierta la franqueza de la tradición de Jesús para con el erotismo homosexual ha sido mediante la apropiación de la tradición cristiana en general, y la tradición de Jesús en particular, reforzando los valores conyugales y familiares los cuales han llegado a percibirse como hostiles a ese erotismo.

El erotismo homosexual en el mundo de la antigüedad clásica, generalmente, no fue considerado contrapuesto a las aceptadas instituciones conyugal y familiar. Los ciudadanos varones de Atenas, por ejemplo, cumplirían los deberes de esposos y padres estuvieren o no comprometidos en formas socialmente aceptadas de erotismo homosexual: pederastia, prostitución masculina. Lo mismo pudiera decirse de la cultura romana.

En el caso de Roma, sin embargo, en algunos círculos surgió una crítica del erotismo homosexual que estaría en tensión con el autodomínio austero del *pater familias* romano, un autodomínio considerado necesario para el control efectivo del hogar y el imperio. La conciencia del conflicto potencial entre erotismo homosexual y la puesta en vigor de los valores imperiales y familiares que comenzaron a surgir en el mundo romano llegaron ser un difundido punto de vista en el período moderno.

Una de las maneras en las que “el asunto de la homosexualidad” es tratado en la sociedad y en las iglesias es afirmar que una aprobación de los actos, relaciones y personas homosexuales resultaría en la subversión de los valores de la familia. En las recientes campañas presidenciales de los Estados Unidos de Norteamérica vimos como la derecha procuró utilizar los valores familiares como grito de batalla para reforzar su ataque contra lo que considera elecciones de estilos de vida inaceptables. Esta postura sirve a la estigmatización de las mujeres en pos de la igualdad y de las personas homosexuales que luchan por la dignidad y la integridad.

Por supuesto, podría intentarse una estrategia defensiva en apoyo de las personas homosexuales afirmando que son buenas hijas y buenos hijos y forman familias difícilmente distinguibles de los modelos propuestos por la iconografía cultural.

Considero que hay algo más en juego aquí y que debe buscarse una estrategia más radical pues “la familia tradicional” es el baluarte no sólo del patriarcado sino, también, del heterosexismo. Las teologías y éticas que afirmen la orientación homoexual tienen la responsabilidad de recusar la hegemonía de un sistema de valores y estructuras que producen y reproducen el heterosexismo y la homofobia.

Pero aquí hay algo más que la cuestión de una teología que afirme la orientación homosexual y la superación de la homofobia. Nos apercebimos crecientemente de las maneras en las cuales la familia es una escena de violencia y maltrato, de violación de las personas y distorsión de sus vidas. El surgimiento de la psicoterapia reveló a muchas personas la función coactiva y distorsiva de la vida familiar. La investigación sociológica del abuso conyugal e infantil demuestra que la familia es peligrosa para el bienestar de numerosos seres humanos, jóvenes o viejos, mujeres o varones, homo u heterosexuales.

Sin embargo, el supuesto que la familia está, de alguna manera, en el núcleo de la ética bíblica nos ha inhibido de una crítica radical de esta institución. Por cierto, las iglesias del período actual se representan a sí mismas como el pilar de los valores familiares y conyugales. Entonces, parece virtualmente imposible atacar estos valores desde dentro de la Iglesia o la teología cristiana.

Una ayuda esencial provendría, sin embargo, de una hermenéutica “afirmativa de la orientación gay” que no tema recusar la hegemonía del heterosexismo y, de ese modo, la hegemonía de los llamados “valores familiares y conyugales”. En la discusión siguiente procuro demostrar los modos en los que la tradición de Jesús, tal como la hallamos en los evangelios, transmite una crítica fundamental de los llamados valores conyugales y familiares.¹

En las siguientes consideraciones de los valores familiares, plantearé primeramente el modo en el cual los evangelios representan a Jesús opuesto fundamentalmente a la institución familiar (capítulo 10). Esta oposición surgiría de la profunda crítica de las estructuras que median e imponen el equilibrio social presente, un universo social en extinción en tanto se configura en el mundo el reino divino de justicia, generosidad y gozo.

En el capítulo 11 vuelvo a la actitud de Jesús para con el casamiento mismo y muestro la presencia de un contraste entre la actitud de Jesús hacia el casamiento comprendido como la iniciación de la familia y las bodas como insinuando la celebración de la felicidad humana. En el capítulo 12, este tema nos lleva a considerar la cuestión de la procreación como meta de la actividad sexual, un punto de vista ausente de las tradiciones de Jesús como asimismo de la perspectiva de los auténticos documentos paulinos.

Que la tradición de Jesús sea fundamentalmente crítica de los valores conyugales y familiares la pone en tensión con otros desarrollos del primer cristianismo representados por Pablo y las cartas del Nuevo Testamento. Pero no debemos permitir que la aceptación de la valorización paulina y post-paulina de algunos de los valores familiares de la antigüedad nos oscurezca la radicalidad de las tradiciones narrativas sobre Jesús que, de modo consistente, subvierten estos valores. El advertir el paralelo entre la valorización de ciertos valores familiares y el consentimiento a la institución de la esclavitud en los documentos del Nuevo Testamento tardío, ayuda a indicar cómo la crítica de las estructuras familiares de la tradición de los evangelios tendría una pertinencia mayor (capítulo 13).

Esta revisión de los “valores familiares y conyugales” demuestra que es imposible apelar a la evidencia de estas instituciones sea para oscurecer los elementos de erotismo homosexual en la tradición de Jesús o desprestigiar al erotismo homosexual. Hasta el punto que el erotismo homosexual socava la evidencia de estas instituciones o lo absoluto de sus demandas, tal erotismo es consistente con las tradiciones sobre Jesús contenidas en los evangelios. Estas reflexiones, entonces, justificarán la relectura afirmativa de la orientación homosexual de los evangelios que propongo.

¹ Rosemary Ruether es autora de un importante estudio sobre el modo en que el cristianismo se alió con los “valores familiares y conyugales” a pesar de la posición sobre estos temas que es posible percibir tanto en la tradición de Jesús como también, en alguna medida, en Pablo. Ver Rosemary Radford Ruether, *Christianity and the Making of the Modern Family: Ruling Ideologies, Diverse Realities* (Boston Beacon Press, 2000) en especial 25-28 sobre Jesús y 28-31 sobre Pablo.

CAPÍTULO 10

LA CRÍTICA DE LA FAMILIA

Veremos primeramente la crítica de la institución familiar en la tradición de Jesús. Los evangelios presentan a Jesús en una crítica firme a esta institución y sus valores.

Para presentar claramente la posición de Jesús, comenzaré con el evangelio de Marcos y la apropiación de este material en los de Mateo y Lucas. Luego veremos el material común a Mateo y Lucas, que los biblistas usualmente llaman la fuente Q, así como el material único de cada uno de estos evangelios. También prestaremos atención a textos usados para crear la impresión que Jesús apoyaba a la familia, los niños y los sacrificios a Dios. Finalmente, analizaremos textos del evangelio de Juan paralelos a los de los tres primeros evangelios.

Aunque estuviere presente una contradicción entre el erotismo homosexual y los valores familiares, veremos que la tradición de Jesús enfrenta resueltamente a los últimos. Un estudio del texto no halla fundamento en la actitud de la tradición de Jesús hacia la familia biológica que devalúe las relaciones eróticas homosexuales.

Marcos

El evangelio de Marcos ofrece cuatro textos fundados en nuestro tema que son retomados y desarrollados de diferentes maneras por Mateo y Lucas.

La Nueva Familia (Marcos 3:21, 31-35; Mateo 12:46-50; Lucas 8:19-21)

El tercer capítulo del evangelio de Marcos aborda explícitamente el tema de la familia cuando Jesús es rescatado por su propia familia de la multitud de pecadores y necesitados que lo habían rodeado. Tal como acaece a menudo en el evangelio de Marcos, lo narrado es una especie de emparedado en la historia sobre Jesús y su familia que sirve como “pan” o marco de otra historia sobre los escribas de Jerusalén quienes presumen que está aliado a Belcebú. La técnica del emparedado sirve para enfatizar los lazos entre la familia de nacimiento de Jesús y los dirigentes de su cultura social y religiosa. Ambos grupos creen, en sus propios términos, que Jesús está loco. Ambos enfrentamientos nos acercan a la fase inicial del ministerio de Jesús en Galilea. Aquí nos concentraremos en el encuentro con la familia.

A ese momento Jesús había designado a los doce que serían enviados y la lista concluye con el nombre de Judas, “el que le entregó”.

Y vinieron a casa. Y se agolpó de nuevo la gente, de modo que ellos ni aun podían comer pan. Cuando lo oyeron los suyos, vinieron para prenderle; porque decían: ‘Está fuera de sí’. (Marcos 3:19:19b-21)

Vienen después sus hermanos y su madre, y quedándose afuera, enviaron a llamarle. Y la gente que estaba sentada alrededor de él le dijo: ‘Tu madre y tus hermanos están afuera, y te buscan. Él les respondió diciendo: ‘¿Quién es mi madre y mis hermanos?’. Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: ‘He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre’. (Marcos 3-31-35)

La réplica de Jesús a las admoniciones de su familia no parecerían calculadas para disipar la sospecha que “está fuera de sí”.² Pero esta réplica es ineficaz para establecer una clara distinción entre lo que llamaríamos “familia de origen” y la nueva “familia” de quienes están comprometidos con la voluntad de Dios la cual es el establecimiento del reino de justicia, generosidad y gozo.

Como se mostrará, esta distinción ya había sido prefigurada en el texto por el llamado de los primeros discípulos quienes para seguir a Jesús abandonaron lazos de trabajo y familia (Marcos 1:16-20). Así de Santiago y Juan se nos dice “y dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, le siguieron” (1:20). La alternativa, la voluntad de Dios o la familia de origen, está siendo establecida dentro de la narración.

El único lazo familiar que Jesús reconocerá es el de misión compartida en ejecutar lo que Dios desea o se propone. Cualesquier otro lazo es abolido. Quienquiera que esté con Jesús es su madre. Quien haga con Jesús es su hermana. Quien haga lo que Dios desea, y ningún otro, es hermano de Jesús.

Pero, ¿qué es la voluntad de Dios? Nada aquí es reclamado sobre deberes religiosos especiales. En lugar de ello, Jesús había demostrado concretamente la voluntad divina, que los descastados eran recibidos amistosamente, los mutilados, curados, devuelta la salud a los poseídos por los demonios. Y *quienquiera* haga esto, es hermano, madre y hermana de Jesús.

Los lazos de sangre carecen de importancia. La mujer que lo llevó y las hermanas que compartieron el mismo vientre tienen el mismo acceso a la amistad con Jesús como cualquier otra persona y en la misma condición: asociarse con ellas y ellos alrededor de él quienes están aprendiendo a hacer lo que Dios quiere: renovar totalmente la creación.

El terruño: Marcos 6:1-6; Mateo 13:53-58, ver Lucas 4:16-30

Un segundo episodio compartido por Marcos y Mateo refiere al regreso de Jesús a su “terruño”.

Salió Jesús de allí y vino a su tierra, y le seguían sus discípulos. Y llegado el día de reposo, comenzó a enseñar en la sinagoga; y muchos, oyéndole, se admiraban, y decían: ¿De dónde tiene éste estas cosas? ¿Y qué sabiduría es esta que le es dada, y estos milagros que por sus manos son hechos? ¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanas? Y se escandalizaban de él. Más Jesús les decía: No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa. Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos. Y estaba asombrado de la incredulidad de ellos. Y recorría las aldeas de alrededor, enseñando.

² Tanto Mateo como Lucas omiten la suposición que Jesús “está fuera de sí”. La versión usual de la Biblia desvía esta suposición de la familia de Jesús a “gente” aunque la versión griega dice sólo “ellos”. La introducción de un sujeto distinto, gente más bien que familia, es insegura. Que Jesús está fuera de sí mueve a la familia a refrenarlo. El punto de vista de la familia, su propia familia, es similar al de las autoridades religiosas: es un socio de Belcebú.

“En el pueblo” Jesús es un comerciante conocido miembro de una familia numerosa. Nada extraordinario puede esperarse de lo que es familiar. Incluso, desde la perspectiva de esta comunidad establecida, Jesús sería un “marginal” que abandonó casa, trabajo y familia para vivir como un vagabundo. Su propia familia lo considera fuera de sí (3:21) y, a su vez, él los rechazó a favor de sus amigos vagabundos y marginales, un grupo que incluía intocables, locos de atar y personas de mala reputación. Como cabría esperar de la gente temerosa de Dios de su pueblo: “Y se escandalizaban de él” (Marcos 6:3).

La respuesta de Jesús es un lugar común pleno de ironía que concuerda plenamente con la experiencia de todos los tiempos. Jesús reclama para sí, de modo característico, ningún otro rol que el maestro y profeta. En este contexto, “profeta” sólo significa quien habla audazmente invirtiendo las tradiciones venerables, como lo hicieron Amós y Hoseas, o dan muestras de poder, como Elías y Eliseo. En este sentido, la vocación de Jesús es idéntica a la de sus predecesores y, sobre todo, compartida plenamente con sus seguidores (3:14-15).

El vínculo entre la familia y lo familiar, entre la familia de origen y la resistencia del statu-quo a la transformación radical, llega a ser clara. Así esta transformación radical es, precisamente, lo que la misión y mensaje de Jesús decretan y anuncian.

La versión de Lucas del regreso de Jesús a su patria chica es más conocida por el sermón inaugural de Jesús y la respuesta aprobatoria inicial de quienes lo escucharon (Lucas 4:14-30). Pero, según registran Marcos y Mateo, la reacción a las palabras de Jesús sobre la obra de Elías y Eliseo sobrepasa con mucho la “incredulidad” de los paisanos del terruño. En Lucas, quieren matar allí mismo a Jesús.

Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira: y levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos, para despeñarle. (Lucas 4:28-29)

No es solamente que los paisanos del terruño no puedan reconocer lo novedoso en lo que presumen conocido. Aquí también la reacción es provocada por el etnocentrismo el cual preanuncia la reacción de las autoridades de Jerusalén que ocurrirá en hechos posteriores, la reacción que condujo a que Jesús fuese entregado a las fuerzas de ocupación de Roma que, entonces, lo ejecutaron.

Dejando la familia: Marcos 10:29-31; Lucas 18:28-30; Mateo 19:27-30

El contraste entre la misión de Jesús y los lazos familiares propios de la época fueron mostrados primero por el enfrentamiento entre la propia familia de origen de Jesús y la familia que estaba reuniendo a su alrededor, y segundo en la imposibilidad de su misión dentro de la estructura familiar del terruño donde es visto en términos de su familia de origen. Ahora es el momento para hacer evidente el mismo contraste entre para los suplentes, o discípulos, de Jesús.

Entonces Pedro comenzó a decirle: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido. Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas,

hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna. Pero muchos primeros serán postreros, y los postreros, primeros.

A pesar de la muy limitada comprensión de los discípulos de Jesús y su misión, al menos habían comprendido parte de los requerimientos del discipulado. Las palabras de Pedro, “*Nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido*”, incluye a quienes estaban siguiendo a Jesús, un grupo que, de ninguna manera, estaba restringido a los doce. Aquellas personas que estaban con Jesús eran, exclusivamente, aquellas que habían dejado todo, desprendiéndose tanto de las posesiones como de los lazos familiares. Adviértase que los lazos familiares están yuxtapuestos a los bienes materiales: casa inicia la serie que concluye tierras. La propia lista de términos vinculados a la familia – hermanos o hermanas o madres o padres de hijos e hijas- es puesta directamente dentro de la esfera económica de la posesión, de la seguridad en el mundo.³ Esta cuestión no es la abolición de los vínculos afectivos sino de la familia como una realidad social y económica que asegura la vida propia en el mundo.⁴

La promesa de Jesús es hecha a quienes habían renunciado a los lazos económicos y familiares. La promesa es que las personas que renunciaron a estas posesiones recibirán “ciento por uno”. Esto es, quienes dejaron hermanos y hermanas recibirán cientos de hermanos y hermanas. Y quienes dejaron madres e hijas e hijos, recibirán cientos de unas y otros.

¿Cómo debemos entender el contenido de esta promesa? Desde el episodio concerniente a la familia de Jesús sabemos tanto lo que significa renunciar a la familia y recibir una nueva familia. Jesús había renunciado al reclamo especial de su propia madre, hermanos y hermanas y de esa manera había hallado en la multitud que estaba con él cientos de madres, hermanos y hermanas. De ese modo, las hermanas y hermanos que los discípulos reciben son quienes hallan en su misión compartida así como Jesús había hecho. Desde este punto de vista, aquí están los parientes adoptados de la comunidad de misión. Habían dejado tras de sí los lazos de sangre de la antigua era y recibieron la camaradería de la nueva era. Obviamente, Jesús no está hablando de recibir cien veces el número de parientes biológicos que él o sus seguidores habían dejado tras de sí. Por ejemplo, ¿qué significaría tener cientos de madres? La renuncia a los lazos de sangre está vinculada a la recepción de familia “adoptada” lo cual se ajusta con suma exactitud a la experiencia de misión: que quienes manifiesten solidaridad con los pobres y afligidos hallarán que tienen cientos de hermanas, hermanos y madres.⁵

Podemos advertir que en tanto es dicho que los discípulos dejen a los padres, no lo es que reciban padres, mucho menos cientos. Los únicos padres que obtienen son madres lo cual es consistente

³ L. William Countryman, *Dirt, Greed, and Sex: Sexual Ethics in the New Testament and Their Implications for Today* (Philadelphia: Fortress Press, 1988), 168-89, es el análisis definitivo de la relación de familia con la posesión económica.

⁴ A la lista similar de Mateo y Marcos, Lucas añade “esposa”. Esto corresponde a la aún mayor oposición de Lucas al matrimonio como institución. Ver capítulo 11 en este volumen,

⁵ Los seguidores también recibirán cientos de niños. Obviamente, no recibirán cientos de prole biológica. A cambio, su misión será fructífera; la misión de quienes envió en parejas será “fructificar y multiplicarse”. Consideramos a este tema de fructificar bajo el acápite de la procreación en el capítulo 12. La promesa de multitudes de hijos está también vinculada a la enseñanza de los niños discutida más adelante en este capítulo.

con la tendencia de la tradición de Jesús de abolir las estructuras del patriarcado.⁶ Son abolidos los derechos y las demandas de “paternidad” que son la base del patriarcado.

Hostilidad: Marcos 13:12; Mateo 24:21; Lucas 21:16

En el “discurso apocalíptico” del capítulo 13 del evangelio de Marcos encontramos el dicho final sobre la familia. El discurso anuncia el tema del conflicto final y apercibe a los seguidores de Jesús que este conflicto les concierne. Enfrentarán la oposición de las autoridades religiosas y políticas. Además, este conflicto es “llevado al hogar” de ellos de la siguiente manera:

Y el hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres, y los matarán. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo. (Marcos 13:12-13)

La crisis introducida por lealtad al evangelio no sólo pone al descubierto la hostilidad de las instituciones públicas religiosas y gubernamentales al reino de Dios. Hace añicos también a la institución de la familia. Una escena de tranquilidad doméstica estalla en conflicto y traición.

El evangelio de Marcos propone una línea muy clara de oposición entre el movimiento de Jesús y las demandas de la familia de origen. Esta oposición aparece primero como el abandono del hogar para seguir a Jesús. Este, en consecuencia, llega a ser el tema de enseñanza explícita cuando Jesús no solamente renuncia a las demandas de su propia familia de origen sino que puntualiza el establecimiento de una nueva familia constituida por quienes se identifican con la venida del reino divino. Esta vieja familia que “domestica” la vida está representada como imposibilitando la proclamación de la transformación de la realidad indicada por la venida del reino divino. Así, la necesidad de los discípulos de Jesús de romper con los lazos familiares es indicada en Marcos 10:29-31 junto con la promesa que esto significa no sólo la pérdida sino también la recepción de una nueva familia con multitudes de madres, hermanas, hermanos e hijos. Finalmente, somos advertidos que la lealtad al reino de Dios significa la hostilidad absoluta de la familia de origen cuyas prerrogativas han sido hechas añicos por lealtad a la causa de la nueva humanidad, el Hijo del Hombre, y el divino reino de justicia, generosidad y gozo.

Mateo y Lucas transportan a Marcos esta oposición implacable entre el camino de Jesús y la institución de la familia. A esto los autores del último evangelio añaden elementos nuevos de los materiales recordados concernientes a Jesús.

Fuente Q

Además del material de Marcos común a Mateo y Lucas poseemos tres textos comunes a Mateo y Lucas que no hallamos en Marcos. Al presente los eruditos sostienen que los textos compartidos por Mateo y Lucas provienen de una fuente conocida por ellos pero no por Marcos. Muchos de ellos consideran a estos textos de especial valor pues representarían la memoria más antigua de la comunidad sobre Jesús.

⁶ Esta tendencia es subrayada en Mateo con el mandato a “no llamar a nadie vuestro padre”; véase más adelante pp. 183-84.

El Muerto

En ambos evangelios, alguien que está a punto de seguir a Jesús dice “Permíteme que vaya primero y entierre a mi padre”, a lo cual Jesús responde: “Deja que los muertos entierren a sus muertos” (Mateo 8:21-22; Lucas 9:59-60). Aquí, el seguimiento de Jesús es puesto en contraste con el cumplimiento de la más simple y natural de las responsabilidades familiares. En ambos evangelios, el texto es precedido por “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; más el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza”. Esta frase concerniente al Hijo del Hombre o el “ser humano” designa, claramente, a quienes seguirían a Jesús. Habrán de ser, como fue, carentes de hogar, específicamente, sin familia.

El tema aquí no es el celibato sino, más bien, los lazos familiares de un padre o los de un hogar a los que primero despedir. En este respecto, debemos recordar que una guarida o un nido no son una casa de soltero sino un lugar asociado a la seguridad implicada en el mantenimiento de una familia, con lazos, responsabilidades y obligaciones familiares.

En el evangelio de Lucas, el texto que continúa al del padre muerto aclara mucho más este punto: “Te seguiré, Señor, pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa”. Inflexible, Jesús replica: “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios”. Aquí el cuidado por la familia, mirar hacia atrás, descalifica para el reino de Dios.

Las personas que plantean estas objeciones parecerían voluntariosas de seguir a Jesús comprometiendo, de modo sustancial, sus relaciones y responsabilidades con las de sus familias. Pero Jesús objeta cualesquiera intento de equilibrar estos deseos que son vistos incompatibles.

Seguir a Jesús entonces, o responder al anuncio de la implantación del reino divino, no produce mejores relaciones familiares. Por el contrario, responder a Jesús pareciera significar, en principio y absolutamente, oponerse a los vínculos familiares.

En los textos de la fuente Q y el giro dado a ellos por Lucas, el abandono de los hogares y la familia por los discípulos, no es casual sino esencial. De ese modo, es aún más plausible el informe de Pedro en Marcos 10:29 que los discípulos ya habían dejado casa y familia. Ulteriormente, es imposible entender la oposición entre Jesús y su propia familia como un simple malentendido sino, más bien, como un ejemplo que da la pauta para todo lo que sigue.

Conflicto

El texto siguiente que, sustancialmente, es el mismo en Mateo y Lucas refiere al conflicto en la familia. “No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa”. (Mateo 10:34-36; ver Lucas 12:51-53).

Este texto corresponde más estrechamente a lo que encontramos en Marcos sobre los tiempos de persecución (Marcos 13). Pero aquí es subrayado un principio general más bien que la situación especial de persecución. La contraposición del hijo contra el padre también generaliza la situación conflicto potencial en los textos previos respecto a los muertos.

Este texto también enfatiza aún más fuertemente la situación de la mujer pues dos de las cláusulas están dirigidas a ella y solamente una a él. Asimismo la referencia a la nuera y la suegra sugiere una perturbación en la relación conyugal. En todo caso, tenemos aquí situaciones que incluyen a las mujeres sin marido, madre e hija, y la mujer con marido, suegra y nuera.

El texto hace claro en términos inequívocos que Jesús rechazaba promover la armonía doméstica y las relaciones familiares. Más bien su deliberada intención, “He venido para”, es provocar discordia en esta esfera doméstica.

Conflicto intenso

A continuación, el texto citado de Mateo subraya la situación de conflicto. Lucas posee un texto similar pero ubicado en un contexto diferente. Pese a y considerando las diferencias, comenzamos con Mateo: “El que ama a su padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará” (Mateo 10:37-39).

El texto concerniente a la cruz, que por supuesto está también en Marcos, al menos propone cierta base para los textos para el derrocamiento de la armonía doméstica.

Desafortunadamente, la primera parte del enunciado es interpretada a menudo de manera que admite el punto de vista que amar al padre y al hijo es fácilmente compatible con el amor a Jesús y, por tanto, es un modo de demostrar adhesión a los hechos y la obra de Jesús. Por cierto, tal interpretación debe ignorar lo afirmado por los versículos anteriores y lo que el evangelio de Mateo tiene para decir sobre las relaciones familiares. Esta interpretación solamente refuerza una determinada hermenéutica heterosexista y, por tanto, patriarcal. En el contexto del evangelio de Mateo, esta cita aclara que el “amar más” de Jesús significa entrar en conflicto con estructuras fundamentales de la persona y de la institución doméstica que la configura.

Sin embargo, el texto del evangelio de Lucas hace mucho más difícil una interpretación errónea acomodaticia de la tradición de Jesús.

Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aún también su propia vida, no puede ser mi discípulo. (Lucas 14:26-27)

Tenemos un texto similar en el evangelio de Tomás.

Jesús dijo, “Quien no odie padre y madre no puede ser mi discípulo, y quien no odie hermanos y hermanas y no lleve la cruz como yo lo hago no será digno de mí”. (Logion no. 55)

Si este texto de Tomás es más “primitivo” como suponen algunos, entonces Mateo y Lucas añadieron la referencia a los niños y Lucas el referido a la esposa. Como veremos, Lucas es más crítico de la relación conyugal que otros evangelios.

Empero, el punto principal es el carácter radical de la oposición a los miembros de la familia que no se convierten en enemigos irracionales debido a algún equívoco. Más bien el seguidor de Jesús rechaza activamente a la familia creando una relación que tiene más en común con el odio que con el amor.

Lo que realmente pareciera estar en juego aquí es la manera en la cual las familias y los miembros de las familias definen sus propios intereses. Es contra este interés que el seguidor reacciona. En este sentido, el seguidor odia a la familia y es opositor a lo que parecería ser el mejor interés de la familia como familia, así como sería dicho a las personas odiarse a sí mismas en el sentido de renunciar a su propio interés y su propio deseo de autopreservación. Este cuidado por la autopreservación debe, precisamente, contrariarse si está dispuesto a emprender el peligroso negocio de seguir a quien deliberadamente provoca la ira de las autoridades al punto de incitarlas a crucificarlo.

Entonces, tomar como punto de partida el odio al padre y a la madre no es un sentimiento hacia ellos como seres humanos sino, precisamente, en tanto madre y padre, en su papel de miembros de la familia con derechos, expectativas y requerimientos especiales. Esta posición especial de la familia es radical y fundamentalmente puesta en cuestión, y lo mismo es verdad para los hermanos y las hermanas. En tanto miembros de la familia reclaman una especial lealtad que debe rechazarse resuelta e implacablemente. Quizá este análisis sea más obvio respecto a los propios hijos e hijas. Claramente, Jesús coloca en alta estima a los niños y niñas pero a lo que se opone es a la relación especial “mi hijo”-“mi hija” como opuesta a la de cualesquiera otro niño o niña. Debe rechazarse el requerimiento especial por este uno o esta una que rechaza el de los otros u otras.

La suposición que un niño o una niña es “mi niño”-“mi niña” es, fundamentalmente, la fuente de una gran destructividad en la familia. Primero, tal perspectiva permite a una persona ignorar las necesidades de otros niños en nombre del cuidado por los propios. De esta manera, si poseo los medios puedo derrocharlos sobre estos únicos y presumir que los otros no me demanda nada. Pero esto también tiene otras consecuencias. La noción que un niño o niña es mío me lleva a hacerles requerimientos desproporcionados. Es insuficiente que esta persona sea un niño o niña. También debe ser un instrumento de mi ambición como madre o padre. Debe sostener la carga de ser mi futuro, una extensión mía. Por esta razón, las familias son, frecuentemente, los lugares más peligrosos en la tierra para los niños y las niñas.

Mateo y los padres

Hemos advertido que el texto sobre abandonar familia y posesiones (Marcos 10:29-31) dice a los seguidores abandonar a los padres pero no que los recibirán a cambio “centuplicados”. Esta omisión podría considerarse deliberada. En Mateo, aclararemos ulteriormente esta deliberada omisión en un texto peculiar a este evangelio.

Pero vosotros no os queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni séais llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. El que es el mayor de vosotros sea vuestro

siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.
(Mateo 23:8-12)

El programa de Jesús para sus discípulos implica claramente la abolición de las distinciones, entre ellas la abolición de las relaciones jerárquicas. En este respecto, Jesús prohíbe llamar “padre” a cualquiera y, de ese modo, prohíbe el reconocimiento de los reclamos de paternidad y por tanto de autoridad de un ser humano, incluso de los padres biológicos.

Una protesta frecuente es que la “paternidad de Dios” sirve para afianzar al patriarcado. Esta ha acaecido, por cierto, en el curso de la Cristiandad. Pero la tradición sobre Jesús utiliza el apelativo de Dios como Padre, o Padre en los cielos, precisamente, para derrocar la norma del patriarcado. En este respecto, la enseñanza de Jesús es más bien radical puesto que, en contraposición, parece lanzado contra el mismo mandamiento “honrarás a tu padre”.

La enseñanza atribuida a Jesús en el evangelio de Mateo socava, claramente, la paternidad humana, y por tanto el patriarcado, en el contexto de la abolición de toda relación jerárquica. Este aspecto de la estructura familiar es considerado totalmente antitético, al menos, a los valores del reino divino cuya venida le importa a Jesús anunciar y llevar a cabo.

Lucas y las madres

El evangelio de Lucas también tiene un episodio que le es peculiar socavando la importancia de la maternidad biológica e incluso, por implicación, el papel de María. “Mientras él decía estas cosas, una mujer de entre la multitud levantó la voz y le dijo: Bienaventurado el vientre que te trajo, y los senos que mamaste. Y él dijo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan”. (11:27-28)

A pesar del hecho que Lucas prestó mayor atención a María que los otros evangelios haciéndola el centro de la narración del nacimiento que sirve como prólogo al evangelio, socava su rol su rol en tanto que está basado en fundamentos biológicos. En este texto, María como madre de nacimiento carece de lugar especial de honor sino más bien cualesquiera que escucha y guarda la palabra divina. En el evangelio de Lucas, estas categorías no son exclusivas. María es representada, justamente, como quien oye la palabra y la guarda (1:38, 46-55; 2:19. 34-35, 51). Su lugar en la narración como quien es honrada no lo es como “madre” sino como creyente, lo cual corresponde, precisamente, a la intención de los dichos de Jesús sobre su familia en Lucas 8:19-21. Su única “madre y hermanos y hermanas” son “aquellos que oyen la palabra de Dios y la hacen”.

De esta manera, Lucas procura hacer compatible el respeto debido a María consistente con el socavamiento de las relaciones familiares en general y, de ese modo, de la institución familiar como un todo.

Resumen de los Sinópticos

¿Cómo daremos cuenta de esta sospecha radical y franca hostilidad a los lazos de la institución familiar? Hallamos algún apoyo en el pasaje de Lucas analizado previamente.

Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene los que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar. ¿O qué rey, al marchar a la guerra, contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro todavía está lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. (Lucas 14:26-33)

El renunciamiento a los lazos familiares es claramente comprendido desde el punto de vista del giro de lo antiguo a lo nuevo. Tal renunciamiento es puesto en juego aquí en compromiso, específicamente, con el nuevo orden que Jesús está inaugurando y al servicio del cual son convocados los discípulos como suplentes en la misión de Jesús. El dejar tras de sí la familia y las posesiones de ningún modo es fortuito o periférico al mensaje de Jesús. El renunciamiento al interés propio, a la familia, a las posesiones y la vida misma cargando la cruz, es parte integral del costo del discipulado como lo representan los evangelios.

Pero aún podríamos sentirnos perplejos sobre como se constituye este requerimiento. ¿Cómo la institución familiar impide que alguien siga a Jesús? Comprenderíamos mejor esto si volvemos al fragmento inicial del evangelio de Marcos con el que iniciamos nuestra discusión de la tradición de los sinópticos sobre la subversión de Jesús de los valores familiares. Este pasaje trata de la verdadera familia y el contraste entre los lazos de sangre de la familia antigua y los de solidaridad de la nueva.

El contexto del pasaje es crucial para nuestros propósitos. Inmediatamente después que la familia sale a contener a Jesús creyendo que “había perdido el juicio” tenemos lo siguiente: “Pero los escribas que habían venido de Jerusalén decían que tenía a Belcebú, y que por el príncipe de los demonios echaba fuera a los demonios” (Marcos 3:22).

La respuesta de Jesús procura demostrar que, incluso si los escribas están en lo correcto pensando que Jesús estaba ligado a los poderes demoníacos, sus acciones curativas y exorcísticas demuestran el fin de la regla de esos poderes y la irrupción de la regla divina.

El incidente con los parientes de Jesús es interrumpido por el incidente con “los escribas de Jerusalén”. Las historias son narradas como en un emparedado el cual es el modo de Marcos de llamar nuestra atención a la relación entre los incidentes. En este incidente los parientes de Jesús y los escribas de Jerusalén han hecho el mismo diagnóstico: está loco. La locura de Jesús es el modo, precisamente, en el cual permanece fuera del orden convencional del la plenitud de significado, un orden representado por la familia por un lado, y las autoridades religiosas de Jerusalén por el otro.

La estabilidad de las instituciones familiares está directamente vinculada a la estabilidad de las instituciones sociales y religiosas. Por cierto, podríamos decir que la familia es la base, y la

religión la superestructura e ideología de las estructuras sociales básicas de la vida: cultural, social, política y económica. La familia es el lugar donde estos valores son inculcados, y la religión es la manera de validarlos y sancionarlos. La proclamación por Jesús de un nuevo orden social de amistad plena, solidaridad y generosidad demuele al mundo social al cual tanto la familia como la religión sirven y protegen. Desde el punto de vista de ambos, Jesús es impío, Jesús está loco.

La creación de un nuevo mundo nos pone en contradicción con la estructura social más elemental del mundo antiguo, el semillero del orden antiguo, la familia.

Contratendencias

Además del material que hemos analizado, que establece claramente la oposición entre Jesús y la institución de la familia, son citados a menudo dos series de textos sugiriendo una actitud de mayor aceptación a estas instituciones: textos concernientes a los hijos e hijas y el texto concerniente la obligación de los padres respecto a la ofrenda a Dios (corban). Consideraremos estos textos para ver si existe alguna razón para suponer que la tradición de Jesús apoya, en alguna medida, a la institución de la familia.

Niños

Primeramente veremos los textos concernientes a los niños comunes a los primeros tres evangelios. Como ya fue hecho, tomaremos la forma de Marcos de los textos como base para la discusión. El texto concerniente a abandonar a los niños o la renuncia a los propios hijos en Marcos 10:30 pudiera ser malentendida como sugiriendo insensibilidad hacia los niños como tales. Esta interpretación es refutada en el mismo texto por la promesa de recibir una descendencia centuplicada. La situación es aclarada, ulteriormente, cuando analiza textos específicos sobre los niños. “Y tomó un niño, y lo puso en medio de ellos, y tomándole en sus brazos, les dijo: El que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí, y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió” (Marcos 9:36-37; ver también Mateo 18:2-5, Lucas 9:47-48).

En los tres evangelios, esta historia es ubicada en el marco de la discusión de los discípulos sobre “el mayor” en el reino de Dios. Aquí Jesús está enfatizando la importancia del cuidado por el más vulnerable como el signo de la relación con él. En este caso, lo que está en juego es la actitud hacia los niños como quienes son vulnerables. De ese modo, el abandono de los propios hijos como es sugerido por otros textos no debe implicar, en absoluto, incitar a una relación hostil con los niños como tales. Más bien, la diferencia es entre los niños como el objeto de posesión y los medios de asegurar seguridad en el mundo, mis niños, y los niños como los seres vulnerables cuya protección y acogimiento es una expresión indispensable de los valores del reino de Dios.

La diferencia, entonces, es entre los niños como niños vulnerables y los niños como posesión que aseguran el lugar de los padres en el mundo. El punto de esta distinción reposa sobre la diferencia entre “mis” niños y otros niños. La cuestión es si el cuidado por mis niños produce indiferencia a otros niños. Si la distinción fuese abolida, cualesquiera niño independientemente de su filiación, es el objeto debido de cuidado para el seguidor de Jesús pues al dar la bienvenida y recibir con gozo a cualesquiera niño, da la bienvenida a quien es enviado por Jesús, recibe con gozo a Dios.

Otro texto sobre los niños común a los tres primeros evangelios aclara esta proclamación:

Y le presentaban niños para que los tocara; y los discípulos reprendían a los que los presentaban. Viéndolo Jesús, se indignó, y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él. Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos los bendecía. (Marcos 10:13-16, ver Mateo 19:13-15, Lucas 18:15-17)

La venida del reino de Dios está aquí identificada con la necesidad de niños. El reino de justicia, generosidad y gozo está dirigido, especialmente, a ellos.

En el evangelio de Marcos, Jesús dirige su ira contra sus propios seguidores que habían afirmado la conclusión que el reino de Dios era para los adultos y, en consecuencia, procuraban separarlo de los niños. Jesús rechazaba totalmente este sentimiento. Nuevamente nos es dicho que el reino de Dios importa, en especial, a estos los más vulnerables de los seres humanos.

El aparente repudio a los vínculos familiares de Jesús de ninguna manera implica el repudio de los niños en cuanto niños. Por cierto, la actitud de Jesús hacia los niños es subrayada dramáticamente en estos textos por la ternura excepcional hacia ellos la cual contrasta no sólo con la ira hacia sus opositores sino, aún más notablemente, contra sus seguidores adultos. Sin embargo, el extraordinario cuidado que Jesús demuestra por los niños de ninguna manera contradice la oposición radical de la tradición de Jesús a la institución de la familia, incluyendo el modo en el cual los niños representan la continuidad de esa institución.

Ofrenda a Dios (corban)

El último texto a considerar respecto a la actitud hacia la familia en la tradición de Jesús es el que concierne a los padres. El texto aparece en medio de una disputa provocada por el desdén de los discípulos hacia la tradición religiosa y la costumbre ética social.

Respondiendo él, les dijo: Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, más su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres; los lavamientos de los jarros y de los vasos de beber; y hacéis otras muchas cosas semejantes. Les decía también: Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición. Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o la madre, muera irremisiblemente. Pero vosotros decís: Basta que diga un hombre al padre o la madre: Es *corban* (que quiere decir, mi ofrenda a Dios) todo aquello con que pudiera ayudarte, y no le dejáis hacer más por su padre o por su madre, invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido. Y muchas cosas hacéis semejantes a éstas. (Marcos 7:6-13, ver Mateo 15:3-6. Lucas carece de paralelo.)

Para lo ver que está en juego aquí, debemos advertir que aquello a lo cual Jesús está opuesto es una práctica religiosa, *corban*, que interfiere con una respuesta a la necesidad humana. Este punto

requiere cuidadosa atención debido a la inversión de los términos. Comenzamos con la oposición de “de Dios” y “de hombre”. Estamos para honrar lo primero, mandamiento divino, en lugar de lo segundo, tradición humana. Lo parece una distinción sagrado/secular es entonces revertida. Lo que es de Dios es consideración por, atención a, la necesidad humana. Lo que es “de hombre” es atención a y consideración por “religión”, *corban*. El mandamiento divino apunta a una obligación humanística mientras que la tradición humana apunta a una obligación religiosa. Lo que es “de Dios” es humanismo secular. Lo que es “de hombre” es piedad religiosa.

De esta manera, Marcos tiene que Jesús mantiene que “religión” es una invención humana (Feuerbach) y que funciona para prevenirnos de mirar y responder a la necesidad y sufrimiento del otro (Marx). Los comentarios de Jesús caen dentro del contexto radical del punto de vista profético que Dios no requiere religión sino justicia.

El contexto de esta afirmación significa que no podemos usarlos para justificar la legitimidad de las estructuras familiares. De ninguna manera Jesús urge a sus seguidores a honrar a sus propios padres. Más bien, advierte que quienes sostienen la tradición hallan una manera de ignorar su responsabilidad para con las personas mayores. Entonces, el punto de la respuesta de Jesús es que carecen de fundamento para sostener una crítica contra los discípulos por desobedecer a la tradición pues su tradición es una violación de lo que Dios realmente requiere: el cuidado por la necesidad humana.

De esta manera estamos en una situación similar a la cual nos hallamos respecto a los niños. Jesús amonesta al pueblo al cuidado de los seres humanos vulnerables en estado de necesidad. La renuncia a los padres como la renuncia a los niños no debe ser comprendida como la legitimación de la indiferencia cruel por la vulnerabilidad del otro eludiendo toda responsabilidad. Más bien Jesús ensancha el círculo de responsabilidad incluyendo a todos los niños y todos los padres o personas mayores. Precisamente porque ensancha de esta manera el círculo de cuidado y responsabilidad, las instrucciones entran en conflicto con la institución de la familia, la cual procura reforzar la distinción entre los niños, madres y hermanos propios con la de los otros.

El evangelio de Juan

A diferencia de los tres primeros evangelios, el evangelio de Juan mantiene un llamativo silencio sobre la institución de la familia lo cual es ignorado por la mayoría. Este evangelio no puede entenderse, de todas maneras, como partidario de esta institución o considerarla verdadera. Más bien, para la comunidad del discípulo amado pareciera que la antigua institución de la familia careciese de importancia. Este punto de vista se hace evidente en los fragmentos sobre el nacimiento y sobre Jesús y su madre, el único que tiene alguna relación sobre nuestro tema.

El evangelio de Juan menciona al nacimiento, en dos ocasiones, como un proceso que estaría vinculado a la familia. En ambos casos, este nacimiento es contrastado con el nacimiento que es de interés a los redactores y a Jesús. En el prólogo a la narración nos cuenta: (1:12-13): “Más a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre les dió potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (1:12-13).

Este fragmento, que consideraremos de nuevo en relación al tema de la procreación y la sexualidad, contrasta claramente la generación divina del creyente con la “generación natural” que tan a menudo es considerada como el propósito de la institución del matrimonio y la familia.

El segundo fragmento, 3:1-14, es la extensa discusión entre Jesús y Nicodemo respecto al contraste entre los nacimientos. Aquí nuevamente la contraposición es hecha entre el nacimiento del vientre materno y el nacimiento divino que Jesús mantuvo como necesario para “ver el reino de Dios”. Nuevamente, este fragmento no debe tomarse, de ninguna manera para legitimar la institución matrimonial y familiar entendida como el contexto para el nacimiento del vientre materno, el cual de acuerdo a Jesús, está superado.

También tenemos un paralelo para el episodio del “terruño” en los evangelios sinópticos. En este caso, la cuestión interesa menos a un retorno literal al lugar de nacimiento de Jesús que, más bien, al descreimiento fundado en la familiaridad con la familia de origen de Jesús: “Y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice éste: Del cielo he descendido?” (6:42).

El conocimiento de la familia de origen de Jesús cumple la misma función que en los otros evangelios, fundamentalmente, hacer imposible a la fe. La familiaridad con la familia sirve para hacer imposible una expectativa de transformación radical.

El evangelio de Juan también narra un episodio sobre los hermanos de Jesús que enfatiza la distancia entre ellos. En una disputa sobre una visita a Jerusalén para asistir al “festival de las cabañas”, los hermanos de Jesús lo urgen a ir para que declare públicamente su misión. Jesús declina, “su hora no ha llegado”. Y el evangelista señala: “Porque ni aún sus hermanos creían en él” (7:5). Cuando los hermanos reaparecen es como quienes malinterpretan los dichos de Jesús respecto al discípulo que amaba. (21:23).

Llegamos, entonces, al lugar que esta narración da a María, la madre de Jesús. Debemos señalar que María es el tema de la narración solamente en Lucas y Juan.⁷ En Lucas, María es el principal tema del prólogo sobre la concepción nacimiento e infancia de Jesús. De este modo, en este evangelio su hijo relativiza explícitamente su papel biológico manteniéndolo dentro de lo que hemos visto en los evangelios.

La relación descrita entre Jesús y su madre en el evangelio de Juan corresponde con la que hallamos en otras partes. Ya tuvimos ocasión de ver este aspecto vinculado a la escena en la cruz pero sería útil recordarlo nuevamente vinculado al tema de la familia.

María está presente para e instiga al primer “signo” de Jesús en Caná. Este hecho es a veces citado para indicar una relación especial entre Jesús y su madre pero un examen más estrecho del texto desautoriza prontamente tal impresión. “Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino. Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora.” (2:3-4).

La respuesta de Jesús a María es más abrupta que lo que indica la traducción. La frase es de rechazo puro y simple, muy cerca de ‘¿qué tengo que ver!’. Además su respuesta a ella es como

⁷ La narración del nacimiento en el evangelio de Mateo enfatiza el papel de José más bien que el de María.

las usa para reprender lo que el evangelista caracterizó como la incredulidad de los hermanos: “Mi hora no ha llegado”.

Pero igualmente significativo es el hecho que Jesús no refiere a ella como su madre sino más bien como “mujer”, el mismo apelativo que usa para dirigirse a la mujer samaritana y a la sorprendida en adulterio. María es tratada por Jesús como una mujer cualesquiera. Ella carece de todo otro derecho por ser su madre.

Sin embargo, Jesús accede a su reclamo lo cual también es una respuesta característica a otros reclamos a él hechos. Sana a quienes vinieron a él por curación. Enseña a quienes llegan a él por ilustración. En este respecto, María está en la misma situación que otras personas.⁸

Esta misma situación está presentada en la escena de la ejecución de Jesús cuando María y el discípulo que Jesús amaba se encuentran reunidos al pie de la cruz. María, nuevamente, es tratada no como “madre” sino como “mujer”. Como ya hemos visto, el énfasis está en la mutua adopción de una por otra de ambas figuras. En consecuencia, la escena otorga una especial representación dramática a la constitución no de la antigua familia de origen sino de la nueva familia de solidaridad en el ministerio y misión de Jesús.

⁸ Mi punto aquí no es debatir los temas de la mariología, los cuales importan a las implicaciones de la cristología para una veneración de María. Típicamente, los reclamos mariológicos derivan de una consideración de la divinidad de Jesús lo que está fuera de discusión aquí. Para mi esbozo inicial de los fundamentos de la cristología, ver *Loyalty to God: The Apostles Creed in Life and Liturgy* (Nashville: Abingdon, 1992).

Conclusión

Nuestra revisión de los textos de los evangelios sobre la familia muestran que la subversión de esta institución es una característica de la tradición de Jesús. Esa institución es rechazada porque es la unidad básica de la sociedad tal como está actualmente constituida, la forma básica del antiguo mundo. En cuanto tal, la familia está caracterizada por la división, entre mis propios parientes y las otras personas, y por la dominación que sigue a la posesión.

La actitud hacia la institución de la familia difiere a la generada en la tradición ascética. La tradición de Jesús es consistente en su actitud festiva más bien que ascética hacia la vida, una perspectiva que está bien representada en el episodio del vino en la boda de Caná. Nada sabe aquí a sospecha contra gozar de la vida. Más bien, hallamos una crítica de esto a cuáles límites llega este gozo para aquellos que “pertenecen” a la propia familia o grupo.

El repudio de los “valores de familia” característicos de la tradición de Jesús podrían oírse como buenas nuevas por aquellos que, usualmente, son denigrados porque su misma existencia es considerada un desafío para esos valores. Las personas cristianas homosexuales tendrían especiales razones para estar contentas de la actitud tomada hacia este sistema de exclusión y “heterosexualidad compulsiva” de parte de la tradición de Jesús.

En este respecto, una reconsideración de la tradición de Jesús también permitiría el reconocimiento de la importancia de las familias no-tradicionales y el valor, tan a menudo enfatizado entre las personas homosexuales, de “las familias que elegimos formar”.